

El ascensor

Raquel Ortega Rivera



Image not found.

Capítulo 1

Era la una y media de la madrugada. Me abrió la puerta Begoña, del tercero segunda. Picó al botón de la planta baja, y nos pusimos en marcha." Hola", pensé. Pero no hubo respuesta. Era una mujer desgarbada y chepuda a la que no se le conocía ni marido ni familia. La observé y vi su reflejo en mi rostro. Vi el cansancio en su pestañeo lento y en las ojeras grises que custodiaban sus ojos castaños, diminutos, cargados de lo que entonces me pareció una soledad condensada.

Recuerdo que me pregunté a donde iría doña Begoña, arrastrando sus ochenta años a esas horas. Puede que los achaques de la edad le estén pasando factura, concluí. Sin embargo, a pesar de su rostro agotado lucía buen aspecto. Llevaba zapatos de tacón beige y un vestido de lino de color melocotón con unas flores rojas bordadas en el hombro. También las lucía en la parte inferior de la falda alrededor de todo el volante. No parecía haber elegido aquella prenda al azar ni con prisas. Sin duda era una de sus mejores galas.

En unos segundos atravesamos el segundo piso en el silencio de la noche y al llegar al primero las luces titilaron. La anciana me miró buscando una respuesta que no pude darle. Cuando llegamos a la planta baja esperé paciente a que Begoña me abriera la puerta y saliera pero no lo hizo. Me quedé mirándola mientras apretaba de nuevo el botón del número tres. Para entonces no me extrañó demasiado. Se ha olvidado las pastillas, pensé. En seguida reparé en que no llevaba ni bolso ni el típico monedero bajo el brazo que caracteriza a las abuelitas, con el que van a todos lados, incluso a tirar la basura o a sacar al perro. Así que Begoña se había despistado y volvía a buscar sus pertenencias. De nuevo ascendiendo hacia el tercer piso su mirada perdida parecía buscar alguna respuesta que no lograba comprender. Esperé paciente a que saliera pero eso nunca pasaría. Me miró y la miré. Y en su rostro pude ver el miedo y la inseguridad del que está a punto de abandonar este mundo en la más absoluta soledad. Volvimos a subir y bajar unas cuantas veces más, mientras Begoña se apagaba al ritmo del baile entre pisos que ella misma iba marcando. Pasamos un rato del bajo al tercero y de nuevo al bajo. Después viajamos en diferentes compases a merced del capricho de sus dedos, al segundo, al quinto, al primero, al bajo, al cuarto y vuelta a empezar. Pasamos casi una hora de agonizante movimiento hasta que al fin, Begoña, se desplomó dejándose ir con el sueño profundo del que nadie despierta.

Tardaron hora y media en encontrarla. Desde entonces he pensado mucho en por qué me eligió como compañero de su último viaje. Y Creo que lo hizo porque le aterraba morir sola.

El médico certificó la muerte después de varias horas y se la llevaron. Entonces volví a quedarme vacío, solo, esperando a cualquier otro vecino al que transportar a cualquier piso y del que poder ser testigo de su vida,

o de su muerte.